

Acompañamiento den el Duelo

Escenarios de Aflicción en el cierre del acompañamiento

Mtro. Arturo Salcedo Palacios

Ejemplo:

JOSÉ Y ALFONSO. La primera vez que Alfonso conoció a José fue en el hospital: le habían quitado un tumor y Alfonso fue asignado como su cuidador; se sintieron identificados desde el principio y muy pronto tuvieron una buena relación. José confió en Alfonso y empezó a hablarle de su miedo a morir y de su enorme pena de dejar sola a su familia. Uno de los retos que Alfonso enfrentó fue compartir el gran sufrimiento de José, sintiéndose ambos muy unidos.

El cáncer de José desapareció por un tiempo y hablaron mucho de todas las cosas que José quería disfrutar con su familia y en la vida de sus hijos. En una de sus citas de acompañamiento, Alfonso encontró una nota en la puerta que decía: “Estoy en el hospital” fue para allá y supo que José acababa de morir y se quedó largas horas acompañando a su familia.

Alfonso sintió la muerte de José como si fuera la de un hermano. Su grupo de pastoral lo escuchó y lo apoyó, e incluso le asignó un cuidador a quien Alfonso le confió que nunca pensó que como cuidador le pasaría algo como lo que ocurría. Él dijo: “con la muerte de José, me siento como si una pequeña parte mía también hubiera muerto”.

Como el cierre se puede vivir como pérdida e implicar un proceso de duelo para el acompañado y/o para el acompañante, pueden aparecer algunos de los siguientes escenarios:

Shock

Al darse cuenta de que el acompañamiento se acerca a su fin, cualquiera de los dos puede pretender que no sucede nada y que no hay ningún sentimiento de dolor o de aflicción.

Uno o ambos pueden evitar el tema de la proximidad del cierre como una forma de negar los sentimientos existentes ante ello. Como parte de este intento pueden tratar de posponer la necesidad del cierre; el acompañante puede prometer a su cuidador que hará un esfuerzo en su recuperación y tal vez encontrarse de manera más espaciada.

El cuidador puede prometer a su supervisor que estará más atento al proceso para terminar, pero no ahora, sino en unos pocos meses o semanas.

Retroceso

Es posible que acompañante y acompañado estén enojados ante la posibilidad de concluir la relación; o tristes, o sentir culpa o soledad o sentirse incómodos, o cada vez más separados en medida que las visitas se acercan a su fin.

Renacimiento

Hacer un buen cierre en el acompañamiento significa aceptar cambios en la persona y sentirse entusiasmado ante las nuevas posibilidades que la experiencia de lo compartido y vivido nos brinda. El acompañado habrá encontrado nuevos recursos y herramientas para funcionar

mejor a través del apoyo recibido; y el acompañante tendrá más experiencia y habilidad para ejercer su ministerio pastoral y ser de mayor ayuda como cuidador en su próxima asignación. Dependiendo de la naturaleza de su relación, el acompañante y el acompañado podrían continuar en contacto de alguna manera; ellos pueden tener algún encuentro de seguimiento o telefonar de vez en cuando como dos buenos amigos. Parte del trabajo del cuidador, en el proceso de cierre, es ayudar a su acompañado a reconocer y expresar cualquier sentimiento presente en el proceso de despedida; usar sus habilidades de escucha y su sensibilidad para animarle a hablar de lo que tenga que decir en las últimas citas, preferentemente sin dejar ningún asunto inconcluso.

Algo bastante sano para el cuidador es consultar con el supervisor antes de cerrar; hablar de las razones que tiene para pensar que el momento oportuno para terminar su acompañamiento y confirmarlo con él. Estar abierto a una retroalimentación incluso si el supervisor considera que no es la mejor opción en ese preciso momento.

Cómo saber que es el tiempo del cierre

Es posible que algunas palabras o actitudes del acompañado nos den la pauta para iniciar el proceso del cierre; su comportamiento nos puede indicar que se ha recuperado y en cierta medida ha superado su crisis, por ejemplo; él o ella nos demuestran que es consistente en su trabajo y en sus diversas actividades o nos da señales de nuevos hábitos que no tienen nada que ver con la depresión; predomina un sentimiento de satisfacción y serenidad que no permite esconder problemas; mayor fluidez en la expresión de sus emociones y cada vez tiene menos razones para llorar y sentirse triste; da indicios de que ha llegado a una aceptación de su nueva realidad y tiene una “Nueva” forma de moverse y relacionarse.

También la oración es de gran ayuda para verificar el cierre: si vemos algunas de las señales mencionadas, pedimos al Espíritu Santo que nos dé la sabiduría para tener la certeza que necesitamos para reconocer el momento apropiado de concluir nuestra relación de ayuda. Es conveniente hablarlo con el grupo de pastoral de salud pidiendo un poco de retroalimentación que nos ayude a disipar nuestras dudas y de preferencia recurrir a la persona del supervisor que nos pueda guiar y asesorar individualmente para hacer la mejor elección después de un tiempo de discernimiento.

Finalmente, si no estamos suficientemente convencidos de que es el tiempo oportuno de hacer el cierre, si la supervisión grupal y /o personal no nos ha dado la certeza de que es el mejor momento para hacerlo; siempre existe la posibilidad de poder continuar el acompañamiento durante un poco más de tiempo, revisar algunos de los temas que pueden estar inconclusos y estar más atentos a los signos que necesitamos para cerrar la relación con una paz interior.

Tomado de: Stephen Ministry Training
Manual de: Kenneth C. Hangk.